

Reseñas

ARACELI DAMIÁN, *Adjustment, Poverty and Employment in Mexico*, Aldershot, Ashgate Publishing, 2000, 269 pp.

ORLANDINA DE OLIVEIRA*

En este libro se aborda una problemática fundamental: el impacto de las políticas de estabilización y ajuste estructural sobre las condiciones de vida de la población mexicana, en particular de los habitantes de la Ciudad de México en el periodo 1982-1994. La obra consta de cinco capítulos y un apéndice metodológico. Los primeros tres capítulos incluyen un minucioso análisis de las políticas de ajuste, de su aplicación en México, y del impacto que han tenido sobre los niveles de pobreza de la población. Se hace una amplia revisión de los debates que hay sobre el tema y se destaca que la polémica existente (acerca de si los niveles de pobreza han aumentado durante el periodo de estabilización y ajuste estructural) se debe sobre todo al uso de diversas definiciones de los umbrales de pobreza y a la manera como se maneja la información y la utilización de diferentes metodologías.

Con base en el *Método de Medición Integrada de la Pobreza*, se concluye, al igual que otros autores, que las reformas económicas no fueron capaces de evitar un deterioro grave del ingreso de los hogares; no lograron disminuir la pobreza y la desigualdad del ingreso en México. No obstante, señala que, en cuanto a los indicadores sociales, las áreas relacionadas con el bienestar presentaron mejoras (la esperanza de vida se alargó, la mortalidad infantil siguió disminuyendo y mejoró el acceso a la educación y los servicios de salud). En el libro se presentan sugerentes argumentos para explicar esta aparente paradoja.

Centraré mis comentarios en las interpretaciones presentadas en los capítulos 4 y 5, que por su carácter polémico estimulan el diálogo. En esta parte, la atención se desplaza hacia el análisis de los mercados de trabajo y las familias. El interés es ver en qué medida los cambios económicos han modificado los niveles de participación económica de la población. La autora parte de la hipótesis de que las variaciones en las tasas de actividad económica se deben a los cambios en la demanda de mano de obra. Arguye que la participación económica presenta un comportamiento cíclico,

* Profesora-investigadora del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

aumenta cuando hay expansión económica y creación de empleos, y disminuye en periodos de crisis, cuando se contrae la demanda de mano de obra.

Damián critica las interpretaciones que afirman que la participación económica, en especial la femenina, es contracíclica, esto es, que aumenta en los periodos de crisis económica. Como exponente de esta postura se elige el enfoque de las estrategias de sobrevivencia que plantea, entre otros aspectos, que las familias en épocas difíciles hacen un mayor uso de su mano de obra disponible con el propósito de obtener los recursos necesarios para la manutención cotidiana.

Para probar la hipótesis acerca del carácter cíclico de la participación económica se utilizan datos de la Ciudad de México. Se calculan *tasas de participación estandarizadas*, que controlan el número de horas trabajadas. Los resultados indican que las tasas no estandarizadas (que no controlan el número de horas trabajadas) aumentaron en el periodo analizado y las estandarizadas disminuyeron. La comparación de los dos tipos de tasas indica, como aclara la autora, que mientras el número de personas que participaron en el mercado de trabajo aumentó muy rápidamente, las horas promedio de trabajo semanal disminuyeron.

¿Cómo interpretar este resultado? Aquí se abre un punto de discusión de sumo interés que en verdad refleja una polémica de más largo alcance. La autora sostiene que frente a la evidencia de que no se han creado suficientes empleos de tiempo completo, tal como indica la disminución de las tasas estandarizadas, ella —fiel a la teoría económica— refuta la hipótesis acerca del carácter contracíclico de la participación económica femenina y cuestiona la capacidad explicativa del enfoque de las estrategias de sobrevivencia.

Considero que sería de utilidad analítica buscar interpretaciones alternativas. Sus resultados —que son muy reveladores— indican, desde mi punto de vista, que en situaciones de crisis, cuando las oportunidades de empleo se contraen y no se genera una demanda suficiente por trabajadores de tiempo completo, los miembros de los hogares, en especial las mujeres, salen al mercado de trabajo a desempeñar cualquier tipo de actividades. Por lo general, ellas crean su propio empleo o desempeñan trabajos de tiempo parcial para obtener ingresos, aunque sean mínimos, para sobrevivir. Desde esta mirada, los datos presentados reafirman la importancia de las estrategias de sobrevivencia para explicar la participación económica de hombres y, sobre todo, de mujeres en actividades mal remuneradas en jornadas de pocas horas a la semana.

De hecho, como ha sido ampliamente documentado en diferentes países de América Latina, una de las principales estrategias familiares desarrolladas para enfrentar épocas difíciles, a lo largo de las últimas décadas, ha sido el uso de mano de obra disponible en los hogares mediante la búsqueda de múltiples actividades remuneradas por parte de los miembros que ya trabajan o la entrada de mujeres, jóvenes o niños en actividades mal remuneradas, de tiempo parcial o de ayuda en negocios familiares.

En aquellos mercados locales donde las oportunidades de empleo para amplios sectores de trabajadores son, además de precarias, escasas o prácticamente inexistentes, los límites impuestos a la utilización de la fuerza de trabajo familiar se acentúan, y

esta estrategia se hace menos viable. Sin embargo, el embate del deterioro de los mercados de trabajo sobre los hogares es distinto cuando la expansión de las actividades por cuenta propia y de ayuda familiar permite mantener bajos los niveles de desempleo abierto aunque sea mediante el desempeño de actividades de tiempo parcial. En estos casos, la utilización de la mano de obra familiar todavía sigue siendo factible —aunque no sea en actividades asalariadas de tiempo completo— y crucial para la sobrevivencia. Lo anterior no quiere decir que las estrategias familiares hayan sido eficaces para ultrapasar la línea de pobreza ni que la capacidad de generar autoempleo sea ilimitada. Es importante subrayar que tal parece que estamos frente a un círculo vicioso, los sectores más pobres de la sociedad siguen pobres a pesar del mayor uso de la mano de obra familiar. Pero también es cierto que sin la utilización de los ingresos de varios de sus miembros estos hogares serían más pobres aún.

Para el conjunto de la región, de acuerdo con datos de la CEPAL sin las aportaciones económicas de las esposas, por ejemplo, la proporción de hogares pobres aumentaría entre 10 y 20%. Ellas aportaron entre 28% (México) y 38% (Argentina y Honduras) de los ingresos totales de los hogares (datos de 1994).¹ Estas cifras denotan que, a pesar de los obstáculos existentes, la participación económica de más de un miembro por hogar sigue siendo uno de los recursos que las familias todavía utilizan para garantizar su sobrevivencia. Con base en los datos utilizados en este libro sería muy importante y pertinente ver cuál ha sido el impacto de las estrategias de sobrevivencia de los hogares sobre las condiciones de vida de la población de la Ciudad de México y especialmente en Xalpa, colonia analizada en mayor profundidad.

Ahora bien, el hecho de que los hogares pobres tengan que recurrir a un mayor número de integrantes para lograr sobrevivir con escasos recursos no implica que las estrategias familiares de sobrevivencia sean siempre exitosas, esto es, que sin importar cuáles sean las condiciones económicas, las personas no siempre pueden encontrar o crear sus propios empleos. Varios estudios han demostrado los límites estructurales de las estrategias y han puesto de manifiesto su ineficacia en situaciones históricas dadas.²

Frente a la discrepancia entre las tasas estandarizadas (que disminuyen) y las no estandarizadas (que aumentan), habría que buscar otras explicaciones. Desde mi óptica, esta diferencia pone de manifiesto la precarización de la fuerza de trabajo que ha ocurrido en la capital del país en los años de crisis y reestructuración económica. Aspecto que muestra el deterioro de la estructura de oportunidades y pone en evidencia los límites que enfrentan las estrategias familiares; pero no niega la pertinencia

¹ Irma Arriagada, *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Santiago de Chile, CEPAL-Naciones Unidas, 1987.

² Mercedes González de la Rocha, "Los límites de las estrategias de sobrevivencia: Viejos y nuevos enfoques para el análisis de las respuestas familiares y domésticas", *Latin America Labor and Globalization Trends Following a Decade of Economic and Social Science Research Council (SSRC) y FLACSO-Costa Rica*, San José, Costa Rica 10 y 11 de julio de 2000.

del enfoque de las estrategias de sobrevivencia, ni su importancia para la manutención de las familias.³

En cuanto a la participación económica femenina, me parece importante considerar otras hipótesis explicativas del aumento de las tasas no estandarizadas tanto durante los años de crisis como de expansión económica.⁴ La hipótesis de la *segregación ocupacional*, por ejemplo, permite ver cómo la segmentación del mercado entre ocupaciones masculinas y femeninas ha facilitado la expansión del trabajo femenino en épocas de crisis; en este caso, la segregación —vista como un aspecto de la demanda— actúa como un factor de protección del empleo femenino. Históricamente se ha encontrado que en épocas de fuerte contracción de los empleos masculinos, algunas ocupaciones consideradas socialmente como propias para las mujeres presentan un cierto dinamismo. En el caso de México, lo anterior ha ocurrido en las industrias maquiladoras, por ejemplo, o en actividades del sector terciario.

La hipótesis de la *sustitución de mano de obra masculina por femenina*, por su parte, destaca el carácter contracíclico del trabajo de las mujeres. Se argumenta que en épocas de crisis aumentaría la demanda de mano de obra femenina debido a sus más bajos costos. Ambas hipótesis permitirían incorporar en la explicación del trabajo femenino extradoméstico aspectos vinculados con las inequidades de género existentes en los mercados de trabajo. Sería enriquecedor utilizar un marco analítico más amplio, en el cual los factores de la demanda y de la oferta no se contrapongan, sino más bien interactúan para explicar los niveles de participación económica de hombres y mujeres, y los aspectos económicos se complementen con la inclusión de factores socioculturales y sociodemográficos.

En términos metodológicos, la diferenciación entre dos indicadores de pobreza de los hogares (*pobreza de ingresos* y *pobreza por tiempo*) es sumamente relevante. La comparación de estos dos indicadores permite ilustrar las distintas estrategias familiares de utilización del tiempo en sectores pobres y no pobres por ingreso. Una de las preguntas fundamentales que requiere mayor explicación es ¿por qué los hogares pobres de ingreso que cuentan con tiempo disponible no han utilizado este tiempo para obtener recursos adicionales? La respuesta seguramente depende de la interacción de múltiples aspectos. Factores estructurales como la contracción del empleo asalariado o los límites estructurales que enfrentan los individuos para crear su propio empleo; los bajos niveles de escolaridad y capacitación de los pobres o falta de recursos para crear su propio negocio; o factores socioculturales que generan resistencias a la utilización del tiempo disponible.

³ Compartimos muchas de las críticas hechas a los estudios sobre estrategias de sobrevivencia pero consideramos que dicho enfoque sigue siendo de utilidad en el estudio de la participación económica familiar. Véase Agustín Salvia, "La familia y los desafíos de su objetivación: enfoques y conceptos", *Estudios Sociológicos*, vol. 13, núm. 37, enero-abril, 1997, pp. 143-162.

⁴ Véase Jill Rubery (ed.), *Women and Recession*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1988.

En este caso, si hubiera información disponible, la desagregación del indicador de *pobreza por tiempo* de acuerdo con la edad y sexo sería fundamental. No es lo mismo la pobreza o no pobreza por tiempo para hombres y para mujeres. Las mujeres, aunque tengan “tiempo disponible”, enfrentan múltiples obstáculos para ingresar a los mercados de trabajo aun en épocas difíciles, debido a la presencia del modelo ideológico del jefe varón proveedor exclusivo, compartido por hombres y mujeres o impuesto por los varones mediante la utilización de diferentes formas de violencia doméstica. También las concepciones acerca del papel de la madre en la crianza de los hijos juegan un papel fundamental. Además, dada la mayor demanda por trabajo femenino de tiempo parcial seguramente los hogares envían mano de obra femenina al mercado pero aun así “sobra tiempo”. En fin, se trata de una cuestión compleja que seguramente requiere de indicadores e índices aún más refinados que incorporen variables pertinentes desde una perspectiva de género.

Por último, quiero reiterar que el libro se basa en un minucioso trabajo de investigación y en un cuidadoso examen de las fuentes de información. Incluye, además, una revisión crítica de diferentes posturas teóricas y de distintas metodologías, se preocupa por encontrar mediciones más refinadas para estudiar la pobreza y el empleo, y presenta indicadores relevantes todavía poco utilizados. Para finalizar, quiero retomar y enfatizar una de las principales conclusiones de la autora, a saber: la reducción de la pobreza o el aumento del bienestar de la población deben convertirse en el objetivo central de la política económica de México.

JAIME OSORIO, *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 176 pp.

MARÍA LUISA TARRÉS*

Jaime Osorio, dedicado por varios años al estudio de los problemas del desarrollo de América Latina, presenta esta vez un texto profundamente comprometido con la pedagogía, orientado a llenar un vacío en la formación universitaria de los científicos sociales. En *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento* el autor se propone dar respuesta a ciertas preguntas epistemológicas y de método básicas de la investigación social, logrando vincular conocimientos que rara vez se integran en una visión de conjunto. Asimismo, este libro se constituye en un puente con las actuales generaciones al poner a debate un trabajo conceptual e interpretativo realizado por comunidades de científicos sociales de la generación anterior. Ello se justifica si se considera que hoy las propuestas discursivas para investigar en ciencias sociales han sido empañadas de un lado por un clima crítico proveniente de la filosofía posmoderna y de otro por la negación de los aportes de la tradición marxista.

* Profesora-investigadora del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

ta. Así, el libro intenta recuperar el bagaje analítico de una generación que justamente se inspiró en esta última tradición para conocer la realidad social, especialmente la latinoamericana. Las críticas contemporáneas al marxismo, realizadas desde el individualismo, han polarizado su visión colectivista y han elegido sus interpretaciones más débiles, sin considerar que esa propuesta establece categorías analíticas provechosas para la interpretación de las macroestructuras, de los procesos históricos y de los comportamientos individuales. Si bien la crítica a la tradición marxista fue legitimada por el fracaso de los regímenes socialistas y ello permitió acallar a las diversas corrientes inspiradas por ese pensamiento, pocos autores se han detenido a evaluar las investigaciones emanadas de esa vertiente teórica. Así, este libro, además de cumplir con una tarea pedagógica, pretende rescatar el trabajo de investigación realizado desde la propuesta marxista para ofrecerlo al debate académico contemporáneo. La oferta tiene sentido si pensamos, por ejemplo, que ciertos procesos que hoy se conceptualizan como globalización se asientan en el desarrollo de lo que Marx analizó en *El capital*, Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* o Hilferdig en *El capital financiero*.

Pero el libro de Jaime Osorio también busca responder a las críticas, a las ciencias sociales de los últimos años, derivadas de la plétora de argumentos originados en el llamado pensamiento posmoderno. El posmodernismo ha significado una especie de pasmo para la tarea de la investigación y la docencia contemporáneas, pues ha cuestionado de modo muy eficaz las características básicas del pensamiento occidental y por consiguiente ha puesto en duda la naturaleza misma de las ciencias sociales. En efecto, al discutir nociones que dieron sustento a las ciencias sociales tales como la modernidad, la razón, el progreso y la verdad universal, o al interrogarse sobre la naturaleza del lenguaje, las posturas posmodernas no sólo desajustaron los fundamentos del positivismo sino también otras visiones del mundo, el ser humano y las convenciones metodológicas orientadas a conocer la realidad social.

Aunque estos argumentos, que resumidos así esquematizan esa posición crítica, hay que reconocer que los posmodernos han generado debates productivos y eficaces para motivar una reflexión sobre valores tenidos como inalterables y han planteado temas que deben ser confrontados. Y esto es así porque aunque su cuestionamiento emerge como un debate abstracto que se expresa en un lenguaje a veces intrincado, no hay duda que es una respuesta a las formas que asume el desarrollo en las sociedades contemporáneas. Las críticas posmodernas son pertinentes, especialmente cuando anuncian el paso de un clima cultural vinculado con la aparición de nuevas condiciones técnicas o con los cambios del capitalismo industrial a otro estadio que ellos nombran "posmoderno". Así, para estos intelectuales, estaríamos en un momento de ruptura con la modernidad y nos deslizaríamos hacia otra etapa que se concibe a sí misma como posmoderna, posindustrial, global o planetaria.

Si bien las circunstancias actuales nos enfrentan a una realidad social que los códigos, los lenguajes y los métodos de análisis tradicionales con que contamos difícilmente captan o interpretan, es probable que la lectura posmoderna no sea la única ni la más afortunada para comprender los cambios de nuestra época. Octavio Paz señaló que lo moderno es la tradición de lo nuevo, pero también de la crítica. De ahí

que lo que hoy aparece como el acta de defunción del pensamiento moderno, podría ser concebido como una confirmación del mismo.

Pero más allá del impacto producido por la interpelación de esta corriente, el problema es que sus propuestas teóricas y metodológicas para el conocimiento de la realidad social tienden a ser débiles, particularistas o confusas de modo que no se logran establecer como una alternativa convincente.

El libro de Jaime Osorio se ubica justamente en una coyuntura que se inaugura con el debate sobre la crisis de las ciencias sociales, que ha tenido importantes influencias en los espacios académicos. Con este texto responde a esos cuestionamientos, defiende la legitimidad de las ciencias sociales y muestra que la investigación permite elaborar respuestas productivas para conocer la realidad social. El libro se constituye así en una alternativa que rescata y resume un cierto conocimiento elaborado a través del tiempo en su tarea académica para ofrecerla a las generaciones actuales. Son ellas las que se encuentran quizá más desarmadas para abordar el conocimiento de la realidad social debido a la incertidumbre producida por este clima crítico, por las limitaciones de las tradiciones positivas, así como por la debilidad de la propuesta posmoderna cuando se trata de investigar y de interrogar a la realidad social.

Con este gesto Jaime Osorio ofrece un texto asequible, que sin embargo trata temas complejos y abstractos para los que existen convenciones, un lenguaje intrincado, especializado, difícil de traducir. Además, estos escritos se organizan en capítulos cortos que se pueden leer como unidad pero también en un orden de complejidad creciente.

En este marco, se presentan nueve ensayos dedicados a temas metodológicos que se ofrecen como una puerta de entrada al análisis de los problemas que enfrenta un científico social cuando investiga. En los cuatro primeros capítulos Jaime Osorio define sucesivamente “La totalidad social como unidad compleja”; “Las dimensiones temporales y espaciales para desarmar (o analizar) y reconstruir la realidad social”; “La noción de estructura en tres autores (Braudel, Wallerstein y Marx)”, así como “Los desequilibrios y las arritmias en la historia”.

En estos capítulos se plantean problemas metodológicos y sobre todo soluciones a diversos dilemas que enfrenta el trabajo de investigación. La propuesta del autor se basa en una lógica teórica y analítica cuidadosa que permite identificar ejes metodológicos básicos en una investigación social.

Así, la categoría de totalidad social como unidad compleja permite enfrentar uno de los desafíos más serios de las ciencias sociales, esto es “cómo hacer análisis globales, sin aplastar las unidades menores, lo micro, lo regional, los individuos” (p. 31) y evitar el reduccionismo holístico, que no observa más que el todo, o el microsocio, que fragmenta la realidad sin lograr su integración.

Planteado así el problema, los capítulos siguientes se orientan a establecer categorías que permiten abordar la realidad social, descomponerla a través del análisis para volver a armarla desde la interpretación teórica. Es importante subrayar aquí la metáfora de “espesor de la realidad social”, la cual utiliza como un puente para solucionar los dilemas del espacio, el tiempo y la estructura. Esta metáfora se ofrece como una primera aproximación analítica para estudiar a sujetos ubicados en posiciones estructurales en tiempos definidos en diversos niveles.

Las categorías propuestas para el análisis de los tiempos largos o medianos, o para el estudio de los procesos macrosociales se sustentan en argumentos lógicos, contundentes que convencen al lector. Sin embargo, las propuestas para trabajar la acción, los sujetos, las microestructuras vinculadas con la praxis y la cultura en la vida social, así como los tiempos cortos o la vida cotidiana, son menos convincentes o están tratados con menor profundidad. Esto se debe a que el autor apuesta a una visión sistémica y estructural en la que a fin de cuentas lo que está en juego son los grandes procesos económicos y de dominación política que marcan las vidas individuales.

Esta postura básica que se deduce de la lectura de los textos, influye en la forma en que el autor privilegia ciertos cortes para conocer e interpretar la realidad social. Al enfatizar los procesos macroestructurales Jaime Osorio logra construir propuestas analíticas muy bien argumentadas así como soluciones metodológicas consistentes con los temas que detecta. Ello se expresa claramente en la segunda parte de su libro donde rescata, con un gran conocimiento de causa, el proceso a partir del cual se elaboran las diversas ideas y categorías que conforman el paradigma sobre el desarrollo y la dependencia en América Latina. La identificación de algunas ideas y categorías de las principales hipótesis que guiaron el trabajo realizado por investigadores de diversos orígenes teóricos que se ubican en este paradigma orientado a conocer las lógicas subyacentes en la economía y en la sociedad de nuestro continente son sin duda un homenaje y un reconocimiento, pero también un rescate que los lectores agradecerán, ya que muchos de ellos ofrecen claves importantes para examinar la situación contemporánea.

En esta parte del libro se expresa con claridad el valor de la propuesta metodológica para el análisis de las macroestructuras pues plantea vías de acceso convincentes para investigar temas vinculados con el desarrollo y la dependencia en las sociedades contemporáneas. Sin embargo, ese énfasis presenta debilidades cuando se trata de elaborar temas microsociales vinculados con la construcción de actores, los espacios de interacción donde se genera la práctica social o con los órdenes simbólicos y culturales alternativos a los hegemónicos. Es quizás en el capítulo sexto dedicado a "Las clases sociales como lugar de articulación de la realidad social" donde con mayor claridad se observa ese déficit. Pese a que hoy es una tarea ineludible rescatar la estructura de clases y a las clases sociales como conceptos explicativos de una realidad social desigual y excluyente, la propuesta muestra dificultades para analizar la dinámica de las relaciones de clase o de los agrupamientos sociales que se movilizan debido a la dominación, la explotación o la dependencia. Existen otros caminos teóricos para el análisis de las clases y de las movilizaciones sociales que han demostrado ser más fructíferos que aquellos que comienzan con su definición estructural. En esas alternativas el análisis identifica a los sujetos colectivos movilizables, los cuales no siempre coinciden con los definidos estructuralmente, y continúa con un análisis de los espacios donde se generan orientaciones y proyectos culturales, sociales o políticos. Es en un segundo momento cuando es posible vincularlos con los mecanismos estructurales de explotación, dominación o dependencia. Se trata de un camino inverso que privilegia al sujeto que elabora sus demandas o su

situación subordinada gracias a una cultura compartida que tiene raíces históricas y evita definir de antemano tanto las causas como las consecuencias estructurales de su acción.

Esta opción tiene sentido en nuestro continente, donde las movilizaciones de trascendencia social o política son protagonizadas por actores que se expresan en el ámbito público alrededor de identidades tan distintas como las de los sectores informales, campesinos sin tierras, colonos urbanos populares, mujeres, indios, etc. Años atrás José Nun, en un artículo premonitorio, señaló que la tragedia de la teoría latinoamericana comenzó cuando presencié la “rebelión del coro”. Con esta metáfora quiso mostrar que los sectores movilizados de la región no coincidían con los actores que por su posición en las estructuras de explotación debían ocupar los papeles principales de la escena. Esa postura alternativa, que contrasta con la de Jaime Osorio, no rechaza vincular esas movilizaciones con las lógicas estructurales. Simplemente reconoce que hay movilizaciones que la teoría marxista de las clases no logra definir a niveles sociopolíticos, y trata de comprender su surgimiento y desarrollo en el marco de los modelos de dominación prevaleciente. El camino es sin duda distinto.

Pero esa dificultad que se observa en la propuesta del capítulo dedicado a las clases no es casual. Obedece al distanciamiento explícito que el autor mantiene frente a corrientes de la sociología que privilegian la comprensión de la acción, las relaciones sociales o temas culturales en la interpretación de la realidad social.

Curiosamente ese deslinde, a veces tajante, de estas perspectivas se convierte en un escollo pues impide rescatar contribuciones teórico metodológicas que justamente se ubicarían donde la perspectiva estructural elegida presenta debilidades: es decir, en la construcción de actores, en la importancia de los procesos microsociales vinculados con la práctica social o en la creación de culturas encaminadas a establecer otra hegemonía.

En suma, la lógica propuesta para analizar las clases sociales en la estructura de una sociedad capitalista es pertinente para comprender los mecanismos de explotación, pero no basta para analizar la formación y la dinámica de la agregación social y política de individuos. Si algo se puede reclamar a este libro tan cuidadoso y bien escrito, que recupera la contribución de una generación que se dedicó a conocer la realidad latinoamericana con una pasión contenida por la disciplina que impone el conocimiento, es que elige una postura estructuralista, sin explicitarla desde el comienzo. En efecto, el lector, y en este caso una lectora algo lenta, lo entiende una vez concluido el texto. Si se comprende que el libro se ubica dentro de esta escuela no hay duda que el trabajo de Jaime Osorio cumple con creces los objetivos que se propuso.

Más allá de las diferencias frente a determinadas formas de analizar algunos problemas sociales, *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento* es un trabajo que ofrece alternativas teóricas y metodológicas importantes para investigar sociedades que, como las nuestras, se integran y desintegran debido a las lógicas económicas y políticas del mundo capitalista avanzado. Más aún, es una obra que incita al debate y en este sentido se inscribe en lo mejor de las tradiciones académicas de nuestro continente.

NATIVIDAD GUTIÉRREZ, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas. Los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*, tr. de Graciela Salazar, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/ Plaza y Valdés/Conaculta-Fonca, 2001, 293 pp. 1a. edición en inglés: *Nationalist Myths and Ethnic Identities: Indigenous Intellectuals and the Mexican State*, Lincoln/Londres, University of Nebraska Press, 1999, 242 pp.

DENÍ RAMÍREZ LOSADA*

Una mirada rápida podría llevarnos a concluir que se trata de un libro más sobre las permanentes fricciones o las conflictivas relaciones entre el Estado nacional mexicano y los diversos grupos étnicos que se encuentran dentro de sus fronteras. Una mirada más atenta nos descubre no sólo nuevas preguntas sobre el tema, a la luz de la profusión de trabajos sobre los desafíos que plantean las etnicidades dentro de los Estados-nación, sino nuevos retos teóricos y metodológicos que, quizás, ayuden a desentrañar el significado de dichos procesos.

La principal preocupación de Natividad Gutiérrez consiste en analizar los procesos de construcción de la identidad nacional en una sociedad multiétnica. Así, el libro se divide en dos partes. La primera dedicada a analizar los mecanismos institucionales por los cuales el Estado usa el pasado como una forma de facilitar la integración de una sociedad étnicamente diversa. La segunda examina la respuesta meditada de miembros educados de los grupos étnicos indígenas hacia una identidad nacional impuesta.

El estudio del caso mexicano, nos dice la autora, requiere de tres niveles de análisis. El primero, cívico, estriba en el examen del proyecto del nacionalismo cultural oficial el cual ha intentado, e intenta, construir una nación cultural y lingüísticamente uniforme a través de diversas políticas integracionistas y múltiples instituciones. De acuerdo con este proyecto, organizado bajo la égida del Estado mexicano, la educación gratuita y obligatoria de todos los ciudadanos juega un papel relevante en la difusión del nacionalismo estatal ya que al proveer e inculcar una historia —por demás oficial— y una identidad nacional únicas, el Estado-nación cumple dos de sus objetivos: primero, lograr la asimilación y socialización de toda la población del territorio nacional; segundo, homogeneizar creencias, estilos de vida y lealtades comunes para que sean compartidas y asumidas, por igual, tanto por la mayoría dominante, los mestizos, como por los cincuenta y seis grupos de indígenas.

A la luz del polarizado debate académico entre los “histórico-culturalistas” y los “modernistas”, representados por Anthony D. Smith y Ernest Gellner respectivamente, sobre si las naciones de hoy tienen un origen étnico e histórico o si sólo son producto de las condiciones modernas objetivas, a saber: revoluciones, Estado, industrialización, políticas integracionistas y educación masiva, la autora propone un

* Profesora-investigadora en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

segundo nivel de análisis. Aplicando y complementando los argumentos de ambas teorías en el estudio del nacionalismo contemporáneo mexicano, analiza cuidadosamente, dadas sus cualidades implícitas ya imaginarias o ficticias, la mitología étnica y cívica derivada de la historia y la cultura de la nación pues dicha mitología constituye, también, un recurso apropiado para las políticas culturales del Estado.

Si bien desde la perspectiva “modernista” se puede demostrar el enorme peso que tienen las instituciones e instrumentos estatales (por ejemplo el sistema educativo, los medios de comunicación, los libros de texto, entre otros) en la transmisión, difusión e inculcación del nacionalismo, no menos cierto es que dicha perspectiva dice muy poco sobre la utilización y persistencia del pasado histórico y la originalidad cultural. Es por ello que para subsanar esta ausencia, la autora recurre a la perspectiva de los “histórico-culturalistas” quienes argumentan que los elementos subjetivos del pasado cultural, basados en la religión, etnicidad, simbolismo o mitología, constituyen el fundamento para entender el contenido ideológico de cada nacionalismo porque en la actualidad las naciones son reconocidas por su patrimonio cultural único, exclusivo y auténtico. Poseer una “cultura auténtica”, no menos renovada, reconstituida y reconstruida, desempeña una función decisiva ya que permite a los Estados-nación concebirse como una colectividad única que detenta un territorio, una historia y una cultura, también, únicas. Por ello, tanto el modelo del nacionalismo “cívico” como el del “territorial” requieren delimitar y buscar sistemáticamente los “mitos del origen y la historia compartida”, los cuales son apropiados a partir de mitos y símbolos de los grupos étnicos preexistentes o recombinados en nuevas matrices culturales.

Para la ideología del nacionalismo, la manipulación y evocación del mito del origen y de la descendencia resultan poderosas, ya que le da a la nación la antigüedad, continuidad y homogeneidad deseadas. En México, las ideas de un origen unificado y una común descendencia descansan en el mito mestizo, el cual no deja de ser ficticio, y en la mitología azteca, particularmente la narrativa y el simbolismo acerca de la fundación de México. Sin embargo, otra es la realidad. También existen mitos de origen en la memoria histórica de algunos pueblos indígenas. En consecuencia, coexisten dos tipos de etnicidad que reclaman poseer sus propios mitos de origen: por un lado, la historia étnica o el origen del grupo dominante (mestizo) y, por el otro, la acentuada heterogeneidad cultural y lingüística de los diversos grupos étnicos de pasado indígena.

La política oficial mexicana de integración nacional se fundamenta en dos mitos étnicos: Los mitos de fundación y los mitos de descendencia. Ambos son distintos. El primero corresponde a la fundación y establecimiento del centro hegemónico de México, México-Tenochtitlan, en detrimento y exclusión de otros grupos indígenas como los mayas, purépechas, mixtecos o mazatecos quienes también poseen sus propios mitos de origen y descendencia. Se puede decir que la función principal del mito de fundación es eliminar la fuerza centrípeta de las identidades étnicas locales. El segundo corresponde a la fabricación de un mito de ancestros comunes: el mestizaje, derivado tanto de los españoles como de los indios después de la conquista de México en 1521. Este último mito cívico de integración nacional tiene su culmina-

ción en el heroísmo del presidente Benito Juárez (1806-1872), quien es venerado porque era zapoteco, defendió su patria y sentó las bases del republicanismo.

Aquí podemos ver que los mitos son un ejemplo claro de cómo las sociedades le dan sentido a sus significaciones del mundo y a su propia vida dentro de éste, significaciones por demás enraizadas en el imaginario colectivo. Los mitos, como creencias sociales compartidas, no están sujetos a verificación y de su credibilidad dependen su eficacia y validez. Como parte de la memoria colectiva, basados en hechos reales o imaginarios tanto del pasado como del presente, expresan también la conciencia histórica de un pueblo. Fundacionales y renovadores de la nación, los mitos constituyen el andamiaje sobre el cual se construye ese halo de densidad y atemporalidad que ella necesita para poder ser, remiten al origen como meta y representan la fuga a un pasado que, en teoría, nos lleva a conocer “nuestras verdaderas raíces culturales”.

Sin embargo, estos motivos y esta narrativa selectivos no son fabricaciones intelectuales recientes, sino que pueden ser encontrados en cualquier parte a través del sistema educativo estatal y, más específicamente, a través de los libros de texto gratuitos de primaria distribuidos a lo largo y ancho de todo el país.

Pero ¿por qué analizar el contenido de los libros de texto del sistema público de educación? Muy sencillo, porque a través de los libros de texto gratuitos no sólo se estandariza la historiografía mexicana, sino que la nación se asume como un colectivo con un pasado étnico registrado. En la búsqueda de la culturalidad única todas las naciones, sin excepción, además de hacer hincapié en sus raíces históricas y mitológicas, ubican parte de su singularidad en las “glorias de su pasado”, “edades doradas”, o las “genealogías de descendencia”. En los proyectos de integración nacional las políticas educativas oficiales constituyen un aspecto crucial para recuperar, rehabilitar y proveer las narrativas mitológicas a fin de asegurar la cohesión social.

Para el caso del nacionalismo oficial mexicano es interesante constatar que la explicación y enseñanza del pasado nacional depende de la historiografía del pasado indígena, el cual se percibe como el origen del orgullo cultural. Sin embargo, dicho pasado es selectivo, expediente y revisionista acerca de la historia indígena. El objetivo es, desde luego, proporcionar un sentido de continuidad y unidad cultural de la sociedad mexicana, basado en la percepción de que la nación posee un “pasado colectivo” centrado exclusivamente en su historia azteca y en el pasado étnico compartido que descansa sobre el lado español de la cultura mestiza. De esta forma, el común denominador de la nacionalidad no sólo ha rechazado la diversidad del pasado de los pueblos indígenas, sino que ha subestimado la relevancia de sus culturas y de sus formas de vida en la actualidad.

Los contenidos de los libros de texto nos muestran que la meta de las políticas oficiales de educación más que enseñar una historia de manera “objetiva”, es la de inculcar una percepción de un México mestizo y para ello utilizan acontecimientos históricos seleccionados del proceso de construcción de la nación. Efectivamente, la historia y su enseñanza juegan un papel fundamental en los procesos de construcción de una nación porque desde la historia se explica el origen y evolución de la nación,

se reinterpreta el pasado desde el presente para esclarecer la situación actual, es decir, el mestizaje es el curso normativo para la integración nacional. En este sentido es importante destacar que el discurso histórico, o la referencia a una historia “naturalizada” y, por tanto, “autorizada”, resulta ser un recurso retórico y circular desde el cual la autoridad de lo “real”, en este caso la historia nacional, puede aportar el elemento de “realidad”, lo cual hace incuestionable a la nación misma porque ella se ha fraguado en la historia y, precisamente, la historia nacional está ahí para demostrarlo.

Es evidente el papel que juega la historia en la argumentación ideológica del nacionalismo estatal. Pareciera que, de un lado, en la enseñanza de la historia nacional, como memoria colectiva de un pueblo que ya existía desde los tiempos inmemoriales, es más importante constatar su capacidad para generar “realidad” que la veracidad de los argumentos en sí mismos. Del otro, que la historia sirve, también, para darle antigüedad a la nación moderna, o, como dice el menos conocido lugar común de Benedict Anderson: “¿Y si la ‘antigüedad’ fuese, en cierta coyuntura histórica, la *consecuencia necesaria* de la novedad?”

Natividad Gutiérrez nos recuerda que la política de integración nacional imbuida con copiosos símbolos mitológicos aztecas y mestizos asume, por un lado, que la continuidad histórica es común a la población étnicamente heterogénea y, por otro, que la nación comparte una unidad de linaje racial y cultural. Pero, se pregunta la autora, ¿cuáles son los puntos de vista y las percepciones de la población indígena *vis à vis* de dichos elementos selectivos e integradores? ¿Aceptan los pueblos indígenas un linaje putativo y mezclado, un héroe indio de unidad nacional? Dada la vitalidad y persistencia de las identidades indígenas, la autora articula y analiza el pensamiento indígena con relación al concepto oficial del nacionalismo mexicano que se sustenta en la mitología étnica.

Así, la colección y análisis de los puntos de vista y percepciones de los pueblos indígenas referentes al discurso nacionalista, constituye el tercer nivel. Gutiérrez utiliza las opiniones de una minoría de gente indígena que ha recibido una educación de nivel superior y sin embargo mantiene vínculos claros y definidos con el medio indígena. Los entrevistados se agrupan en dos categorías: intelectuales y profesionales, y estudiantes de educación superior. El primer grupo está compuesto por tres mujeres y siete hombres de diferentes grupos étnicos (tzotzil, tseltal, purépecha, maya, nahua, zapoteco y mixteco) de distintos estados del sur del país (Chiapas, Michoacán, Yucatán, Campeche, Tlaxcala y Oaxaca). Todos los hombres tienen grados académicos, y algunos tienen grados superiores en disciplinas que se relacionan con estudios de etnicidad, historia y desarrollo. La situación de las mujeres entrevistadas es distinta, dos han recibido entrenamiento en la enseñanza y en etnolingüística y la tercera posee un grado en antropología por parte de la Universidad de Yucatán. Todos desempeñan diversas actividades creativas y productivas, tienen gran experiencia en publicaciones y están relacionados con proyectos editoriales de naturaleza indígena.

El segundo grupo está formado, a su vez, por dos grupos de estudiantes que respondieron a un cuestionario, a diferencia de los intelectuales, que fueron entrevistados. El primero está compuesto por diez estudiantes de maestría (Maestría en Lin-

güística Indoamericana, impartida en el Centro para la Investigación y el Estudio de la Antropología Social de la Ciudad de México), de los cuales una es mujer y los nueve restantes son hombres. Ocho declararon que su lengua materna era una lengua indígena entre las cuales estaba el nahua, totonaco, chinanteco, triqui, chol y tzotzil. Los estudiantes pertenecen a zonas con altas concentraciones demográficas étnicas: Veracruz, Huasteca Potosina, Puebla, Oaxaca y Chiapas. El segundo grupo de entrevistados son estudiantes de la Licenciatura en Educación Indígena de la Universidad Pedagógica Nacional. De los 50 que respondieron el cuestionario, 27 son mujeres y 23 son hombres. La composición étnica incluye mixtecos, seguidos de tzotziles, nahuas, triquis, zapotecos y ñahñu. Son de cuatro estados con población étnica significativa: Oaxaca, Chiapas, Guerrero e Hidalgo. Todos, menos uno que declaró hablar solamente español, son bilingües en español y su lengua indígena materna. Cuarenta de los entrevistados han trabajado previamente como profesores de primaria.

Los datos empíricos son significativos para el estudio teórico de la identidad nacional mexicana ya que los grupos indígenas educados, analizados en el libro, asumen una postura crítica frente a los temas culturales y los mitos de integración nacional. Dos preguntas, a fin de evaluar correctamente el discurso crítico de los indios, guían éste tercer nivel: ¿persiste acaso el pasado indígena a pesar de la modernización?, y ¿puede un nacionalismo mexicano ser caracterizado como un fracaso ya que no ha podido erradicar a las identidades étnicas locales?

Las opiniones del grupo de los intelectuales y profesionales muestran cierta indiferencia, incluso extrañamiento, acerca del simbolismo diseminado por el Estado, pero están interesados en demostrar la importancia y supervivencia de sus propias mitologías y de sus propios héroes. Los profesionales desean construir imágenes positivas de sí mismos y transmitirlos al resto de la nación; trabajar hacia la cohesión interna de los grupos étnicos; y reconocer que el poder de las mitologías es vital en la reivindicación de las culturas indias. Respecto de la experiencia del mestizaje, las respuestas revelan una severa crítica. Para ellos el mestizaje, desde el punto de vista biológico y racial, es una realidad que no representa ningún problema para los pueblos indígenas pero desde su revisionismo ideológico de unificación no ha aportado nada positivo a las sociedades indígenas. Al contrario, el mestizaje es visto en términos de conflicto y como una ideología del Estado que intenta diluir las identidades étnicas dentro de la identidad mestiza nacional. Por último, expresan que la historia y la cultura mestizas son un fenómeno muy reciente comparado con su historicidad indígena y autóctona.

Las respuestas de los estudiantes indígenas, referentes a la aceptación o rechazo de los símbolos nacionales de integración, no difieren mucho del primer grupo ya que expresan un sentido de alineación y de incertidumbre cultural con respecto al mito del mestizo. Ellos tampoco ven beneficios para los pueblos indígenas en el ideal de integración nacional y rechazan la asimilación y el mestizaje. Con relación a las tradiciones cívicas que recuerdan el proceso de formación del Estado, las respuestas reflejan un conocimiento positivo de la ideología común nacionalista, lo cual parece indicar que la información cívica y étnica, transmitida a través del sistema educativo estatal, no es un asunto que se deba dejar de lado al momento de estudiar la eficacia

de las estrategias de integración del Estado. Los estudiantes indígenas de los grupos étnicos no nahuas muestran un pobre e impreciso conocimiento sobre la cultura y la historia nahua o azteca. Los indicadores que utilizó la autora en este caso fueron temas o episodios de la historia mexicana, tales como el conocimiento de códices antiguos, de las instituciones básicas de la sociedad azteca, y algunas voces náhuatl como: *Quetzalcóatl*, *Huitzilopóchtli*, *tepozcalli*, *Malintzin*, *xiuhpohualli*, *teométl* y *tlamacazque*. Sin embargo, si aplicamos el mismo cuestionario entre los estudiantes mestizos ¿las respuestas serían muy diferentes?, ¿mostrarían mayor conocimiento? Me temo que no y ese es un ejercicio pendiente que arrojaría, quizá, resultados interesantes y sorprendentes.

Ahora bien, aunque las opiniones de los entrevistados deben entenderse en términos de respuestas individuales y no como si fuera una información expresada por colectivos étnicos con los cuales se identifican los individuos, es importante tomarlas en cuenta, porque al igual que sucede en la fase moderna de construcción de la nación, los intelectuales indígenas juegan un papel vital al coleccionar, reformar, recombinar, idealizar, romantizar y organizar el contenido de la memoria étnica. Y, como también sucede en la fase moderna de construcción de la nación, la retórica ideológica del intelectual indígena resulta ser una búsqueda interminable por la fuente de la identidad primordial, una búsqueda sistemática de su etnocentrismo. Las propuestas concernientes a la rehabilitación de la “subjetividad étnica” (memoria histórica, mitología), revelan no sólo la imposibilidad de recuperar información prehispánica intacta de los pueblos, sino que este conocimiento ha sido severamente erosionado por los diversos contactos e interacciones con otras culturas y civilizaciones y, por tanto, no se mantiene “robado y escondido” como proponen algunos intelectuales y profesionales indígenas. Llama la atención que la búsqueda del conocimiento “robado y escondido” (p. 171) trasluce cierta reificación y esencialización de las culturas de los grupos étnicos. La supuesta identidad de origen niega, por sí misma, el carácter procesual de las construcciones identitarias.

En el estudio destacan respuestas como “Pero no es un problema de los indios: es un problema de los mestizos porque no tienen historia y andan buscando una” (Franco Gabriel, sociólogo mixteco) (pp. 190-191) o “Quisiera enseñarles a los mestizos que no tienen historia” (un estudiante posgraduado). Las respuestas ponen en evidencia el juego de las relaciones mutuas y dependientes entre identidad y alteridad. La construcción del “nosotros”, la identidad, pasa por la construcción primera del “otro”, la alteridad, es decir, la construcción de un nosotros siempre se hace a través de la mirada hacia los “otros”. Mirada que, en realidad, dice menos sobre los “otros” que de “nosotros” mismos porque, en la lógica de la alteridad, una vez que se inventa la diferencia, su propia lógica nos atrapa pues el rostro de la diferenciación se transforma en nuestro propio rostro. Las representaciones de la alteridad trasminan las imágenes de nuestra propia identidad. Identidad que resulta en permanente cambio porque la representación de la alteridad también está continuamente construyéndose, destruyéndose y reconstruyéndose. En consecuencia, la alteridad no es sino una excusa para expresar, por contraste, un texto sobre nuestra propia identidad y, en el ámbito de los intereses de poder, resulta necesaria para negociar posiciones ventajosas.

Un argumento de gran interés desarrollado en el libro es que el surgimiento actual de la etnicidad dentro del Estado nacional mexicano, debe explicarse no por la permanencia de tradiciones ancestrales o continuidades ininterrumpidas, sino por la utilización que han hecho las etnias mismas de la modernidad. Es decir, la imposición de una enseñanza estandarizada, de un idioma común o de una tecnología, no propició la asimilación y desaparición de las identidades étnicas; al contrario, dichos mecanismos contribuyeron a que los individuos educados e indígenas retomaran y transformaran los beneficios educativos a fin de buscar y recrear sus propias identidades. Paradójicamente, el acceso a la tecnología ha servido para que la etnicidad más que desaparecer se fortalezca, amplíe y reconstruya dentro de una vida social más amplia. Desde luego, este proceso no ha desembocado en movimientos nacionalistas, ni ha cristalizado en un proyecto etnopolítico que busque la autonomía o la separación del Estado central.

En el caso de México, dicho proceso supone, más bien, que los actores sociales de los grupos étnicos están transformando tanto sus relaciones de pertenencia con sus lugares de nacimiento, como con la nación. Ello se pone de manifiesto no sólo en los pronunciamientos de agrupaciones de maestros y profesionales indígenas a partir de los años setenta, sino en el reciente trabajo literario de las mujeres indígenas escritoras quienes han creado nexos entre el pensamiento indígena, tal como se representa por las tradiciones orales, y las condiciones modernas prevalecientes (la prensa escrita). Aunque los trabajos de las mujeres indígenas escritoras aún no tienen gran difusión dentro de sus lugares de nacimiento (en sus localidades), no dejan de ser importantes porque, en la elaboración de un discurso de defensa cultural y de autoprotección, ellas, al igual que sus escritos, contribuyen a construir conceptos e imágenes positivas de las identidades indígenas contemporáneas basadas en la continuidad histórica, el estar al tanto de sus ancestros y un sentido de pertenencia a una patria pequeña.

Sin duda, estamos ante un excelente trabajo de obligada lectura para todos aquellos interesados no sólo en los desafíos que representa la etnicidad en los Estados-nación contemporáneos, sino en los interesados en los procesos de construcción de la identidad nacional en una sociedad multiétnica. El libro de Natividad Gutiérrez, nos obliga a pensar nuevos y frescos caminos para estudiar el muy gastado tema del nacionalismo.

FERNANDO DÍAZ ORUETA, CARLOS GONZÁLEZ VILLAR, LILIA SINTES Y MARÍA LUISA LOURÉS, *Desarrollo urbano y pobreza: La ciudad de Posadas*, Alicante, Argentina, Universidad de Alicante, 2000, 137 pp.

MIGUEL ÁNGEL VITE PÉREZ*

Esta colaboración conjunta tiene como tema principal la pobreza urbana y la desigualdad social en la ciudad de Posadas en Argentina. Para abordar dicho tema, los autores caracterizan, en primer lugar, el proceso de urbanización de América Latina, donde la concentración de actividades económicas y de población ha sido de suma importancia durante la vigencia del modelo de desarrollo conocido con el nombre de Sustitución de Importaciones. Sin embargo, también enumeran los cambios que ha sufrido la urbanización latinoamericana con el establecimiento del modelo económico neoliberal: un aumento de la desigualdad social como consecuencia del desempleo, la precarización laboral y la proliferación de las actividades informales; así como su expresión en diferencias socio-espaciales "...el desarrollo de ostentosos barrios residenciales de lujo, de nuevas áreas de consumo y ocio y espacios terciarios, a la vez que el abandono más extremo, en todos los sentidos, de las barriadas populares" (p. 11).

Por otro lado, la urbanización latinoamericana, en un contexto de globalización económica, ha constituido espacios donde las firmas transnacionales han decidido establecer parte de sus procesos de ensamblado por lo atractivo que les resultan los bajos salarios. Al mismo tiempo, ciertas ciudades, pequeñas y medianas, sobre todo las localizadas en las zonas costeras, se han convertido en áreas para el desarrollo de las actividades turísticas. Sin embargo, esto ha resultado insuficiente para solucionar los problemas derivados de la falta de vivienda, de equipamiento o infraestructura (pp. 12-13).

Ahora bien, una vez caracterizada de manera general la urbanización latinoamericana, los autores definen sus conceptos para analizar la pobreza en las urbes. Por ejemplo, el concepto de *dualización*, que hace referencia a los espacios donde se reproduce la marginación, o el de la llamada *polarización fragmentada*, que alude a la existencia de actividades de la economía informal que colocan a las familias de Latinoamérica en una situación de sobrevivencia.

Sin embargo, los autores critican el concepto de *ciudad dual* debido a que solamente ha sido utilizado para ilustrarlo con evidencias estadísticas de renta, calidad de la vivienda y de la educación. Y entonces el problema de la desigualdad social en la ciudad es reducido a la falta de una mejor distribución del ingreso (p. 17). Pero los autores deciden adoptar el concepto de *vulnerabilidad social*, acuñado por el sociólogo francés Robert Castel, que considera la desigualdad social como un proceso más que como un estado, ya que proporciona más posibilidades explicativas para comprender el fenómeno de la exclusión social. Sobre todo que esta última tiene una

* Estudiante del doctorado en sociología de la Universidad de Alicante, España.

dimensión económica, político-institucional y cultural: "Así, la exclusión es definida como una gradual ruptura de los vínculos sociales y simbólicos, con significación económica, institucional e individual, que normalmente unen al individuo con la sociedad" (p. 19).

Una vez establecido el marco conceptual, los autores proceden a estudiar los procesos socioeconómicos de la ciudad de Posadas. Señalan su ubicación geográfica, en un promontorio elevado a 115 metros sobre el nivel del mar. "Acorde a su posición cercana al Trópico de Capricornio, abierta a la influencia de los vientos húmedos orientales del dominio atlántico, la zona forma parte de los climas cálidos y húmedos del Nordeste [de Argentina]" (p. 68).

Por otro lado, señalan que la mejor infraestructura en la ciudad de Posadas, así como el mejor equipamiento, se localiza en el casco principal de la ciudad; mientras su periferia se "...constituye prácticamente como un cordón continuo de pobladores en asentamientos precarios, disputando la ocupación del espacio con otros sectores sociales" (p. 86). Por tanto, existe una segregación espacial que conlleva desigualdades en oportunidades sociales y económicas. Sin embargo, para los autores, la legislación y la planeación urbana han terminado por beneficiar los intereses privados y especulativos de los sectores sociales con ingresos altos y medios que, al mismo tiempo, se reflejan en la construcción de viviendas en barrios consolidados.

La ciudad de Posadas debe su crecimiento, como la mayoría de las ciudades localizadas en América Latina, a una población joven que habita los asentamientos "espontáneos" caracterizados por una carencia de infraestructura urbana básica. En consecuencia, los canales pluviales que atraviesan la ciudad han sufrido los efectos de la contaminación propia de asentamientos urbanos carentes de todo tipo de infraestructura.

Por otro lado, la investigación señala que los procesos de renovación urbana han representado un desplazamiento o "recambio" de población. Por ejemplo, "...el barrio Los Aguacates es habitado hoy por los sectores sociales de mayores ingresos que fueron abandonando progresivamente el microcentro" (p. 89). Al mismo tiempo, se presentó un proceso paralelo, a saber: un desplazamiento generalizado de pobladores pobres hacia las barrancas del río Oficio o a la costa baja. Esto, posteriormente, ha dado lugar a amplios barrios carentes de todo tipo de servicios urbanos. Y esa evidencia empírica es usada por los autores para definir un "bolsón de pobreza". Así, desde una perspectiva operacional, la definen como "...un conjunto de por lo menos diez viviendas precarias localizadas dentro del perímetro de una hectárea (manzana)" (p. 91).

A la anterior problemática, los autores le agregan la rápida obsolescencia de las viviendas construidas en las últimas décadas. Y estimaban que para el año 2000 el déficit de viviendas sería de 25 000 viviendas (p. 96).

Para ilustrar la intervención pública en la producción de vivienda toman como referencia tres barrios que se localizan en la ciudad de Posadas. El Villa Cabello fue un barrio construido con fondos públicos y las viviendas altas tenían carencias arquitectónicas y de equipamiento y servicios básicos; mientras que el de Itambé Mini fue edificado también por la administración pública y se compuso de viviendas de una

sola planta y pequeñas en sus dimensiones para satisfacer las necesidades de las familias; el barrio Cruz del Sur, construido en el año de 1997, es resultado de un contexto donde se refuerza el discurso del protagonismo de la sociedad civil muy acorde con la retórica del Banco Mundial. En su edificación participó la Iglesia: el cura de Villa Cabello consiguió la donación de los terrenos; la organización filantrópica Cáritas otorgó el aval de la obra y administró los recursos, que provenían de la Sub-Entidad Ejecutora Provincial de la Coordinación para la Emergencia (SUPCE). Los aspectos negativos, en términos generales, de las diferentes intervenciones, se deben a la lejanía de la ciudad central, en otras palabras, al estar en la periferia, donde el lugar de trabajo, de educación, de abastecimiento, se encuentra alejado. Esto provoca dispersión más que integración ya que se hace cada vez más difícil residir en un lugar donde se carece de lo que mínimamente debería de presentar un contexto netamente urbano (pp. 96-102).

En suma, lo que muestran, según los autores, los diferentes tipos de intervenciones —desde las gubernamentales hasta las de la llamada “sociedad civil”— es en realidad una multiplicación de actores y organismos que ha terminado por dificultar la coordinación de esfuerzos y, al mismo tiempo, el crear una respuesta satisfactoria al problema de la vivienda para los pobres.

En fin, la pobreza urbana no solamente tiene que ver con el ingreso individual o la insatisfacción de las necesidades básicas sino con la organización física y espacial de las ciudades. Por tal motivo, en la ciudad de Posadas existen, gracias a una ordenanza municipal, las llamadas Comisiones Vecinales, que han perdido su operatividad pues las “...manipulaciones y controles ejercidos por la Dirección de Asuntos Barriales y la fragmentación del campo barrial, han convertido las instancias de participación, en meros órganos formales cooptados por distintos grupos políticos y/o religiosos” (p. 112). Esto quiere decir que junto a la focalización de las políticas sociales surge una lucha por la sobrevivencia de grandes sectores sociales sin la intervención de los mecanismos redistributivos del Estado.

Pero lo que el libro cumple es demostrar no solamente las peculiaridades de la ciudad de Posadas, un espacio urbano fragmentado y heterogéneo, sino que ésta reproduce una estructura social peculiar en un contexto de globalización económica. En este sentido, se articula lo particular con lo global para establecer nuevas líneas de investigación que permitan “...poner en cuestión la inevitabilidad de lo dado” (p. 130).

